

SACARRERA

(“No importa qué tanto trates de hacer el bien, la vida siempre te devolverá un golpe”)

No sé muy bien de dónde sacó la frase mi padre, pero sí recuerdo que siempre me la repetía; día tras día se empeñaba en que yo aprendiera esta lección. Mi padre el sacerdote del pequeño pueblo de Sacarrera siempre se encargaba de que al final del día sin importar qué, la vida me diera un golpe, más específicamente un puñetazo en la boca del estómago.

Él era sumamente querido por los habitantes de Sacarrera, un pueblo en el que tan sólo había unos doscientos habitantes, todos sabíamos quién era el otro, pero ninguno de nosotros realmente nos conocíamos. Ésta era sin duda una de las razones por las que querían tanto a mi padre; tal vez más que por su ayuda a los pobres o el hecho de que siempre estaba dispuesto a escuchar y a ayudar a cualquier sacarrero que viniera en busca de un consejo, él era el único que conocía al pueblo y siempre mantuvo el secreto guardado. Sólo él y yo sabíamos qué ocurría en cada casa, qué pasaba en cada cabeza de cada sacarrero. Él no decía nada de nadie y nadie decía nada de su problema con el alcohol, el pueblo callaba y él callaba y todos pretendían que no pasaba nada.

Todos menos yo. Cómo me hubiese gustado decirle al doctor Isla que su esposa lo estaba engañando, o que la familia Armengol cultivaba plantas de marihuana escondidas entre sus cultivos de maíz. Que Manuel Vicens, aquel joven educado que estudiaba en la ciudad, era quien robaba las casas de los sacarreros o que el bodeguero Ricardo Hugas era quien hace unos meses había violado y asesinado a su esposa. Hubiese querido

poder contarle todo y así poder pedir ayuda a alguien, haber podido alejarme finalmente de mi padre. Pero en Sacarrera todos prefieren hacerse la vista gorda.

Ahora tengo dieciséis años y él unos sólidos cuarenta y seis. Su problema de alcoholismo no ha disminuido pero los golpes sí, sigue siendo más fuerte que yo, pero ya no se atreve a golpearme como antes; sólo cuando está muy molesto o muy bebido. Pero sigue habiendo una verdad indiscutible en nuestras vidas:

“No importa qué tanto trates de hacer el bien, la vida siempre te devolverá un golpe”, y él siempre ha sido un hombre bueno, o al menos siempre ha intentado serlo, su problema siempre ha sido el alcohol, lo transformaba en una persona diferente, en una persona que creo que él detestaba más que yo; luego de golpearme siempre me abrazaba con sus ojos llenos de lágrimas y me pedía perdón entre sollozos.

No sé si su problema de alcoholismo empeoró cuando nos abandonó mi madre o si mi madre nos abandonó cuando empeoró su alcoholismo, el caso es que cuando tenía cuatro años mi madre salió de la casa para nunca volver. Si alguna vez quise saber algo de mi madre fue para entender una vez más que los sacarreros decidieron que lo mejor era no saber nada.

La vida siempre había sido así, ya había llegado a acostumbrarme a los golpes y a las lágrimas que siempre le seguían, a sus repentinos cambios de humor, a las botellas de todo tipo de bebidas alcohólicas escondidas en las gavetas donde se supone debería estar su ropa, hasta me había acostumbrado a la pequeña botella de licor irlandés que

siempre estaba en su sotana. Pero sobre todo me había acostumbrado a no querer volver a casa.

En los últimos días esto se había hecho más sencillo. Esta vez tenía una razón, Elena. Creo que a los dieciséis se puede amar y ciertamente estoy seguro de que la amo; ella siempre está en mis pensamientos, todo lo que hago en el día en el fondo tiene que ver con ella. Creo que ella encajaba perfectamente en lo que la frase “la luz de mis ojos” significa. Pasaba todo el tiempo posible con ella, siempre que ella quisiera mi compañía, yo estaba ahí, y supongo que muchas veces estuve ahí cuando ella no quería, pero que se le puede hacer, así es la vida. Necesitaba tanto de estar con ella como necesitaba no estar con mi padre, y ambas cosas siempre culminaban en que yo llegara a casa cada día más tarde.

De hecho, estaba llegando tan tarde que la mayoría de las veces mi padre ya se encontraba durmiendo en su cama con alguna botella de licor en su mano. En esos momentos no podía sentir nada más que lástima hacia él, pero la verdad es que me parecía que así todo era perfecto y todo fue perfecto hasta ayer.

Llegué a casa un poco antes de lo que estaba llegando habitualmente; a Elena le dolía la cabeza ese día. Allí estaba él, de pie frente a la puerta cuando la abrí, sobrio, por primera vez desde que tengo recuerdo de nuestras vidas lo encontraba sobrio una noche, sonriendo, mirándome con lo que reconocí como su mirada paternal más afectuosa.

-“¿Has estado llegando tarde últimamente?” - dijo con su sonrisa. “Sé que tienes una novia”- continuó antes de que pudiera contestar a su pregunta.

El sólo escucharlo decir estas palabras me llenó de miedo. Temía que dijera algo en contra, que de alguna manera me prohibiera estar con Elena, y si me obligaba a escoger entre él o Elena, mi clara decisión sería Elena; pero en el fondo sabía que la decisión no era mía.

- “Me gustaría conocerla” dijo tranquilo todavía sonriendo. “¿Te importaría traerla a casa mañana?”- preguntó con un tono de voz tan cercano a la suplica que se me hizo imposible negarme.

- “Claro, padre, mañana la conocerás”- contesté.

- “Perfecto, te espero a las ocho”- y se devolvió a su cuarto para echarse a dormir.

En la mañana hablé con Elena para decirle que debemos estar a las ocho en mi casa para que conozca a mi padre. Jamás le había contado de los problemas que tenía con mi padre, en parte porque no quería que lo supiera y en parte porque cuando estaba con ella todo eso se olvidaba. Me preocupaba realmente que al llegar a casa mi padre estuviera tomando y ocurriera un nuevo episodio entre nosotros, pero si ayer había estado sobrio, hoy también podría estarlo.

Pronto olvidé mis preocupaciones estando con Elena, algo que siempre parecía ocurrir, y al igual que las preocupaciones, también olvidé el pasar del tiempo.

Ya eran las 9:30 cuando abrí la puerta de mi casa:

(“No importa qué tanto trates de hacer el bien, la vida siempre te devolverá un golpe”)

Estaba borracho, total y completamente borracho; me miró con los ojos vidriosos y me dijo con su voz ahora quebrada y torpe.

-“Te estaba esperando a las ocho. Son las nueve treinta”.

- “Disculpa, perdí la noción del tiempo y ...” - sentí un puñetazo en el rostro y caí al suelo, pude ver el rostro de Elena en el que se reflejaba tanto lástima por mí, como temor y asco por mi padre.

-“¿Dónde has estado?” - preguntó con lágrimas en sus ojos. “¿Te estaba esperando a las ocho!” - gritó y comenzó a patearme fuertemente en el estómago y en la cabeza.

Elena, que estaba viendo todo con una expresión de espanto en su rostro, se abalanzó sobre él gritando entre lágrimas “¡Basta, déjelo!”.

Por supuesto Elena no era rival para mi padre, que apenas sintió su empujón y sus golpes. Tomó las dos manos de Elena en una sola de sus manos y la golpeó contra la pared. Sus ojos estaban llenos de ira. “¡Es tu culpa! ; es tu culpa que llegara tarde”, le gritó. Elena sólo pudo llorar como reacción. “Eres una pequeña perra, ¿no es así?” y le lamió la cara. “Claro que eres una pequeña perra”, le dijo mientras le arrancaba la blusa.

Le volvió a lamer la cara y pude ver cómo el rostro y el cuerpo de Elena se retorcían de asco mientras entre lágrimas suplicaba “por favor, suélteme. No me haga nada”. Pude ver en el pantalón de mi padre que tenía una erección.

“Una perra, eso es lo que eres”, le dijo mientras le quitaba el sostén y ponía su mano; su sucia y asquerosa mano, sobre los pequeños y bancos pechos de Elena. “¡No!” gritó ella, “por favor, suélteme”.

“Silencio, perra” y le apretó fuertemente los senos haciéndole daño, mientras recostaba su erección contra la pierna de Elena; ella no paraba de retorcerse entre asco y temor.

- “¡Por Dios, Marcos!. ¡Ayúdame!”

Fue cómo si su grito me hubiera despertado de un profundo sueño que me había dejado en el piso de mi sala observando sin capacidad de reaccionar cómo mi padre intentaba violar a mi novia. Observé sobre mi cabeza el gran crucifijo de madera y lo tomé al levantarme. Ya todo estaba decidido. Me acerqué a mi padre lentamente y lo golpeé en la cabeza con el crucifijo poniéndole toda mi fuerza, mi odio por él y mi amor hacia Elena en el golpe.

Mi padre cayó desmayado inmediatamente y Elena salió corriendo de la casa; cuando traté de detenerla se volvió y me gritó que la dejara en paz. Decidí que era lo mejor y la dejé correr.

Salí de mi casa y caminé hacia la finca de la familia Armengol.

-“¿Para qué quieres la pistola?” - me pregunté el Sr. Armengol.

-“Para matar a mi padre” - le contesté seriamente.

El señor Armengol tomó la pistola y le colocó tres balas, la depositó en mis manos y se marchó sin pronunciar palabra.

Entonces me di cuenta de algo en lo que siempre estuve equivocado: Sacarrera sí sabe, pero Sacarrera lo calla.

Al llegar a mi casa mi padre ya se había levantado y estaba sentado en el sofá, llorando. Me vio entrar y me dijo con los ojos clavados en el piso:

- "No sé qué me pasó, hijo, discúlpame", y luego mirándome a los ojos: "No importa qué tanto trates de hacer el bien, la vida siempre te devolverá un golpe"

Fue entonces cuando saqué la pistola del bolsillo.

- "No, padre", dije firmemente. "Esta vez me toca a mí dar el golpe" y disparé. La bala le dio en el cuello y mi padre cayó al piso de boca. Se estaba retorciendo cuando me acerqué a él y me puse de rodillas a su lado.

Apreté la pistola contra la parte de atrás de su cráneo y disparé.

Me senté en el sofá donde hasta hace pocos segundos lloraba mi padre y me quedé viendo la boca de la pistola.

Llevé la pistola a mi sien y dije en voz alta:

“No importa qué tanto trates de hacer el bien, la vida siempre te devolverá un golpe”
y disparé...

E.G.GILVIN.